

todo son derechos a conciertos económicos y regímenes especiales; de otra parte, las provincias pobres a las que se niega lo que se concede a las diez provincias más ricas de la nación. Elevamos nuestra voz simplemente para pedir justicia e igualdad en el trato".

Aquí entre nosotros, no hay ni siquiera esa voz reivindicatoria, de protesta, ante los propósitos de quien hasta hace poco era ministro de la Gobernación.

Y, mientras, otra vez el silencio. No hay que ser demasiado ambiciosos y creer que en dos días puede descender

sobre nosotros el espíritu preciso para que todos nos sintamos fervientes regionalistas. Pero de ahí a que ni siquiera se intenten contactos reuniones, acuerdos interprovinciales cuestiones concretas, nada de nada...

Es una pena que la apatía caiga también sobre este tema. Es una pena que se extienda a niveles oficiales el concepto Madrid-Región, que demuestra cuales son los propósitos centralistas y acaparadores del poder. Es una pena que otras regiones se burlen de la idea de La Mancha. Una pena, vaya.

Todavía, la sotana

Ya, hasta en las reuniones de la Conferencia Episcopal Española se ven obispos con clergyman. El asunto de la sotana pasó a la historia hace mucho tiempo. En todas partes, menos en Cuenca.

Aunque existe vigente una disposición del famoso prelado conguense, monseñor Guerra Campos, señalando que hay que pedirle permiso para dejar de utilizar el ancestral (y además, sucio y feo) traje talar, lo cierto es que casi nadie ha pedido esa autorización y cada cual viste como le parece.

Pero la idea no se le olvida al obispo y así, cuando convocó al recién constituido Consejo Presbiteral para su primera reunión, el 31 de mayo, tuvo buen cuidado de incluir, al final de la convocatoria, una nota: "Los asistentes vestirán hábito eclesiástico".

De los llamados cinco sacerdotes decidieron hacer caso omiso de la nota y aparecieron con los pantalones al aire, lo que motivó la reprimenda de monseñor Guerra Campos y la advertencia de que llevar sotana es condición sine qua non para asistir a las reuniones. Lo que significa que algunos de los miembros del Consejo no asistirán más, porque entienden que no se puede hacer cuestión de principio de una insignificancia de este tipo.

Consiguir que Monseñor Guerra Campos acceda a constituir el Consejo Presbiteral ha costado su tiempo; tres

años, para ser exactos, que es el tiempo que lleva de obispo en Cuenca. Sin embargo, las posibilidades de acción práctica por parte de esta asamblea son muy limitadas, como se deriva de la propia composición del organismo: un representante de los canónigos y beneficiados; ocho elegidos por los sacerdotes con ministerio pastoral; todos los arciprestes (nombrados a dedo por el obispo); un representante de los profesores del Seminario y de los profesores de Religión de otros centros; el rector del Seminario Mayor;



IDEAS FIJAS.

y tres elegidos por el propio prelado.

Otro dato a valorar es la edad: seis miembros del Consejo tienen entre 30 y 40; catorce están entre 40 y 50; cinco entre 50 y 60; dos entre 60

y 70 y uno supera esta última edad.

Así se entiende que el Consejo no entrara para nada, en su primera reunión (ni hay esperanzas de que entre en el futuro) en la cuestión que más preocupa al clero parroquial repartido por los pueblos conguenses: la pastoral, que es, precisamente, el aspecto más descuidado en la organización de la diócesis. Los sacerdotes jóvenes, los más directamente en contacto con el pueblo y conscientes, por tanto, de los problemas que se plantean en la vida cotidiana de las gentes (¿hay que hablar de la situación socio-económica de Cuenca?) quisieran llevar a cabo una acción dinámica, acorde con nuestro tiempo y con las necesidades auténticas de la población. El obispo, como es sabido, está mucho más preocupado por cuestiones de dogma y teología.

A título de ejemplo puede servir el saber que la primera sesión del Consejo consumió más de una hora en discutir el tema de la comunión en la mano, asunto que al clero rural trae sin cuidado y que, por otra parte, estaba sentenciado desde el momento en que monseñor Guerra Campos abrió el debate mostrando su total oposición a esta modalidad.

Las esperanzas despertadas por la constitución del Consejo Presbiteral no han durado mucho. Si aun se discute lo de la sotana o el clergyman, podemos imaginar los lustros que deben pasar hasta llegar a cosas más serias.

El sentido práctico de Grisolia

El doctor Santiago Grisolia estuvo en Cuenca hace muy pocos meses, participando en una reunión de analistas. El doctor Grisolia puede ganar el premio Nobel —dicen— un día de estos, por sus trabajos de investigación que lleva a cabo en la Universidad de Kansas. Muy lejos ha llegado el prestigioso médico, desde que estudiante en Cuenca, ciudad en la que no nació pero

hacia la que conserva un verdadero afecto.

Tanto afecto que ha proporcionado una idea, fácilmente realizable —a pesar de las dificultades propias del caso— y que, en principio, ya está expuesta, para su estudio y matización.

Un Centro de Estudios Biológicos es la idea. Si se realiza, significará que Cuenca entrará a formar parte de las ciudades que tienen un prestigio científico que, hasta ahora, ha sido ajeno a nosotros, amparados por el arte y la literatura.

Lo más notable y atractivo del planteamiento de Grisolia es el ambiente popular que podría tener el Centro de Es-



GRISOLIA, UN HOMBRE PRACTICO.

tudios Biológicos, porque aparte de las sesiones puramente científicas, reservadas a especialistas, mediante cursos de quince días, habría otras abiertas a todo el mundo, a profanos, que entrarían —entraríamos— en contacto con ese mundo apasionante y lejano de la ciencia.

Ello revela, sin duda, un gran sentido práctico, que Grisolia ha debido aprender en ese universo estadounidense en que los pies están bien asentados en la tierra, lo que sirve, entre otras cosas, para que los miembros de la élite estén muy pendientes del pueblo liso y llano. El mismo sentido práctico se manifiesta cuando sugiere que el Centro puede llevar a cabo una intensa actividad, también hacia el pueblo, en los meses de mayo y octubre, porque en esas fechas vienen a España muchos científicos ilustres de todo el mundo, incluidos premios Nobel.

Si la idea no cae en saco roto, podremos ser testigos de un acontecimiento singular.